

“...y no puedo ordenar
en un caleidoscopio
la fragmentada imagen del recuerdo”.

(Ana Rossetti)

Así los recuerdos se entremezclan en mi mente. Son una especie de caleidoscopio que cambia de forma y de color a cada instante para traerme fragmentos de un pasado que se me antoja reciente en ese continuo ir y venir. Me siento como el joven envejecido de Roberto Bolaño, evocando la imagen de aquel Antonio estudiante que conocí en un tiempo que me imagino tan próximo...

Corrían los sesenta en la ya entonces vieja Facultad de Anaya. Llegábamos despistados los alumnos de otras provincias, mirábamos un poco anonadados aquellas recias columnas del patio y nos sobresaltábamos ante el crujido de las vetustas maderas que respondían como en un lamento a nuestros pasos jóvenes y animosos.

En ese continuo sobresalto de los primeros días en que todo era tan nuevo y tan ilusionante (de verdad veníamos llenos de ilusiones), la proximidad de nuestros apellidos (a veces aún nos colocábamos por orden de lista) me hizo conocer pronto a aquel chico un poco más joven que yo, que la mayoría de nosotros. Su aspecto era impecable y tenía un cierto grado de timidez inicial. Entre clase y clase (afortunados nosotros: Lázaro, Ruipérez, Díaz, Artola...) entablamos conversación y en un momento desapareció esa aparente timidez para dejar asomar su verdadera personalidad. Encontramos entre nosotros un punto en común: ambos éramos hijos de catedráticos de Instituto con lo que aquello suponía entonces, una educación severa, una búsqueda de horizontes intelectuales y una austeridad absoluta en todos los aspectos de la vida. Sin embargo, a pesar de esta coincidencia inicial, pronto me di cuenta del abismo intelectual que nos separaba. Antonio sabía alemán, que ya entonces hablaba perfectamente, había leído mucho más que yo, que me conside-

raba una devora-libros, tenía, frente a mis indecisiones, una clara vocación hacia el mundo clásico y además ¡había leído a Homero en griego! Aquello me dejó totalmente fascinada... Por otra parte, su personalidad no guardaba relación alguna con la idea que tenemos prefabricada de lo que en la jerga estudiantil llamamos “empollones”: Antonio dominaba a la perfección el arte de conversar de los más diversos temas, una fina ironía para juzgar con humor cuanto nos rodeaba y unas envidiables ganas de vivir y de gozar de la vida. Y no recuerdo ni una sola ocasión en que apabullase a alguien con sus conocimientos, a pesar de que estaba intelectualmente muy por encima de la mayoría, por no decir de todos nosotros. Ni siquiera en las clases de griego, donde su dominio era aplastante.

Como anécdota curiosa de aquellos años, me viene a la mente la escena de algunas clases de Historia del Arte. Recibíamos las magistrales lecciones del genial y pintoresco don Rafael Láinez Alcalá en el Aula Magna de la Facultad, única que, por aquel entonces, disponía de las más modernas técnicas audiovisuales, es decir, de un viejo proyector de diapositivas que se atascaba un día sí y otro también. Menos mal que los entusiasmos del viejo profesor compensaban con creces cualquier deficiencia ¡ay, aquel príncipe de la flor de lis! Mientras iban pasando las diapositivas y las emocionadas explicaciones del profesor con el aula totalmente a oscuras, Antonio y yo compartíamos el bocadillo que las monjas de mi residencia me proporcionaban por la mañana. ¡Qué sabroso aquel chorizo malo o aquella tortilla con poco huevo comidos en la clandestinidad del Aula Magna! Una vez se encendió bruscamente la luz y nos sorprendió comiendo a dos carrillos. El ataque de risa que nos sobrevino fue tan monumental como la pirámide que acabábamos de ver en la pantalla. Los compañeros nos miraban asombrados. Menos mal que el bueno de don Rafael no se enteró de nada. Cuando años después, ya Antonio metido de lleno en sus estudios de Clásicas y yo con mi Pidal a cuestas en mis Románicas, nos encontrábamos por el claustro, nos reíamos muchas veces recordando aquel episodio.

...Y de pronto, inesperadamente, el caleidoscopio gira con una velocidad de vértigo y veo de nuevo a Antonio. Han pasado unos años. Yo he vivido en el extranjero y, por tanto, estoy un poco desconectada de los antiguos compañeros, pero en este momento volvemos a encontramos. Corre el año 1972 y es el día exacto en que don Fernando Lázaro es recibido como miembro de la Real Academia Española. Allí estamos “los de siempre”. Antonio, a pesar de su juventud, es ya catedrático de griego en la Universidad de Barcelona. ¡Qué bien sabe la charla amistosa entre las paredes de la docta casa! Como siempre, él lleva la voz cantante. No ha cambiado nada a pesar de sus ya numerosos éxitos académicos. Nos hace reír contando con ese gracejo que siempre le caracteriza sucesos de la vida universitaria que parecen chistes y chistes que parecen sucesos auténticos..., y todavía tiene la sonrisa ingenua de aquel chico que conocí hace unos años.

...Y sigue, sigue girando, y me trae imágenes que se desvanecen rápidamente para dar paso a otras que forman ese gran mosaico de colores que es la vida... y puedo ver aquellas entrañables bodas de plata de la finalización de nuestros estudios. ¡Qué gozo el encuentro con los antiguos compañeros! ¡Qué dulce nostalgia de los viejos tiempos!

Antonio, ya catedrático de “su” Universidad de Salamanca, sonriente, feliz, comunicativo como siempre, modesto como nunca cuando se le mencionaban sus méritos... y luego, los recuerdos siguen fluyendo: las “charlas de calle”, anécdotas jugosas de su actividad universitaria, fino sentido crítico del falso intelectualismo al uso en ese mundo en el que se ve inmerso... y siempre la sonrisa, el comentario oportuno, la amistad sincera que se manifiesta en cualquier ocasión como cuando él y Maíta saben acompañarme en los peores momentos de mi vida... y aquella conferencia en “mi” Zamora, aquella sapiencia elegante, aquella oratoria sencilla, que sabe descender hasta el nivel adecuado para que un público heterogéneo comprenda, se apasione y hasta se divierta en la aproximación a ese

mundo que para él era tan cercano, ese mundo clásico que era su pasión y su vida.

Y así, desde que “temprano madrugó la madrugada”, los recuerdos se agolpan en mi mente y me acercan, desde una amistad antigua y entrañable, no al docto hombre de ciencia, al ilustre investigador cuyos méritos son sobradamente conocidos, sino a un hombre que siguiendo la huella de Machado fue “en el buen sentido de la palabra bueno”.

Hoy, en que “ese hachazo cruel te ha derribado” nos queda tu alegría, tu hombría de bien y esa huella imborrable de tu presencia. Descansa en paz, amigo.

“¿Dónde va la alegría de huella transparente?
cede un aura
que acaso suavice la caída
en el sueño de la muerte”
(Clara Janés)